

¿Alguna vez han ustedes considerado lo que es vivir sin esperanza o fe? Hace muchos años una de nuestros feligreses aquí en Santa Cecilia se casó con un hombre criado en una familia que no tenía contacto personal con cualquier fe. Aquel hombre, Bill Brooks, se convirtió en un católico y tenía hambre de conocimiento y comprensión de su nueva fe. Recuerdo con placer su entusiasmo. Mientras todavía un hombre joven, Bill murió en un accidente automovilístico. Sus parientes lejanos, por supuesto, llegaron a Iowa para el funeral. Después del funeral, el director de funeraria me dijo que nunca había visto tal pena. La familia de Bill era sin fe y sin esperanza.

Cuando Jesús fue crucificado, sus seguidores parecían estar sin fe ni esperanza. Recuerden la historia de los discípulos que iban en el camino de Jerusalén a Emaús cuando Jesús resucitado se les apareció. No lo reconocieron y le dijeron, «Nosotros pensábamos que él, sería el que debía libertar a Israel» (San Lucas 24:21). Es una cosa terrible estar sin fe ni esperanza. Jesús no quiere que nadie esté sin esperanza o sin fe, ni en aquel tiempo ni ahora. Mucho tiempo antes de su detención, crucifixión y resurrección, comenzó a preparar a sus seguidores por todo lo que iba a pasar. Pero en ese momento como ahora nunca estamos preparados para perder un ser querido.

Durante las últimas tres semanas, en nuestra lectura del Evangelio oímos la promesa de Jesús que él enviaría el Protector, el paráclito. Hace dos semanas, le oímos decir, «Les he dicho todo esto mientras estoy con ustedes. En adelante el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho» (San Juan 14: 25-26). Y la semana pasada le oímos decir, «Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra» (Hechos 1:8). Y hoy en día, mientras celebramos Pentecostés, la venida del Espíritu Santo como Jesús prometió, oímos otra vez esa promesa y también oímos su cumplimiento.

Pero con los recordatorios reconfortantes de la venida del Espíritu, Jesús también estaba preparando a sus apóstoles para retomar su trabajo en la tierra. El segundo domingo de Pascua, oímos a Jesús hablar con Tomás, quien había dicho que no creería sin tocar a Jesús físicamente. Oímos a Jesús decir, «Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree» (San Juan 20:27). Y oímos la respuesta de Tomás, «¡Señor mío y Dios mío!» El tercer domingo Jesús habló con Pedro, quien había negado a Jesús tres veces. Tres veces Jesús le preguntó a Pedro, “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (San Juan 21:16). Y hoy en día, mientras celebramos el Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, nuestra lectura del Evangelio nos recuerda que cuando recibimos el Espíritu Santo,

Dietrich Bonhoeffer, el pastor alemán que era también un teólogo y anti-nazi escribió que, aunque decimos que somos la gente de fe, Dios está simplemente en las márgenes de nuestras vidas. Pedimos la ayuda de Dios, escribió Bonhoeffer, solamente cuando no tenemos ningún otro recurso; y cuando Dios no responde a nuestra necesidad en la manera en que deseamos, nos enojamos y amargamos.

Homilía del 9 de junio de 2019

La Iglesia nos ha dado esta temporada especial como para ayudarnos a profundizar nuestro conocimiento y comprensión de nuestra fe, como un medio para crecer en nuestra relación con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo con la ayuda del Espíritu Santo. Nunca olvidaré la alegría de Bill Brooks en su nueva fe, ni olvidaré el dolor desgarrador y la desesperación de sus hermanos que no tenían ninguna fe.

Mi oración para mí mismo y para todos de ustedes es que nosotros afirmamos esta fe, esta esperanza, no mantengamos a Dios al margen de nuestras vidas, pero que nosotros, como los discípulos en el camino a Emaús y como Tomás cuando el Señor apareció a él, podamos reconocer a Jesús en el partiendo del pan en esta mesa y responder con nuestros corazones y mentes y vidas, «¡Señor mío y Dios mío!» y que nosotros tengamos el hambre y sed de Jesús como las tenía Bill Brooks.